



III

LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES

El Virrey Don Francisco Javier Venegas, que acababa de llegar á la Nueva España, supo atónito que la *insignificante* conjuración de Querétaro había estallado con tal ímpetu en Dolores, y tomado tales creces en San Miguel el Grande — donde dos compañías del Regimiento de Dragones de la Reina se unieron á las masas de Hidalgo, con entusiasmo, formando compactas columnas que sorprendieran Celaya, amenazando Querétaro, — que tuvo que expedir proclamas furibundas y poner á precio las cabezas de los principales caudillos: Hidalgo, Aldama, el terrible Allende y Abasolo, ofreciendo por cada una de ellas diez mil pesos, distinciones y honores...

Nada más bárbaro é impolítico que semejante bando en la primera autoridad del reino, quien sancionaba el asesinato, la traición y todos los crímenes, pagándolos con honores, con tal de obtener esas *despreciadas y fementidas cabezas*, que venían á trastornar la paz y la quietud de tres siglos de dominación española.

del Conde de la Cadena, que ya había llegado á Querétaro y se preparaba á perseguirlo, y la brigada de Calleja que con aguerrido ejército, con la seguridad de una fácil victoria, iría á despedazarlo entre San Luis y Guanajuato ó Querétaro.

Así es que, con toda precipitación y en medio del mayor entusiasmo del pueblo, abandonó el caudillo la abatida y exangüe ciudad, días antes tan rica y tranquila durmiendo sobre sus tesoros...

Tomó por el Valle de Santiago llevando siempre á vanguardia el estandarte de la Virgen de Guadalupe y á retaguardia los prisioneros españoles que iba haciendo en el camino, habiendo dejado cerca de trescientos custodiados en la Alhóndiga de Granaditas.

Siguió hacia Salvatierra, continuando por Acámbaro, Zinapécuaro é Indaparapeo, apoximándose á Valladolid sin ningún tropiezo y sí con la satisfacción de que Aldama cerca de Celaya levantaba pueblos, haciendas y rancherías, robusteciendo su división expedicionaria... ¡Las llanuras del Bajío repetían los gritos de libertad é independencia que durante años y años hacían correr la sangre de los valientes hijos de sus campos!

*
* *

En la ciudad de Valladolid, al saberse la rápida y avasalladora marcha de aquel cura, á quien el Obispo Abad y Queipo de aquella misma Diócesis había excomulgado furibundamente, hubo igual consternación á la de Guanajuato, no obstante contar la ciudad con mejores elementos de defensa.

El Obispo se pone al frente de ésta y forma ocho compañías de defensores, cuyo mando entrega al canónigo Ledos; hace maniobrar al Regimiento Provincial y llama á los *Dragones de Pátzcuaro*, al mismo tiempo que manda bajar el esquilón mayor de catedral para fundir cañones, asesorado por el teniente Iturbide, dispuesto á batir á los insurgentes en guerra sin cuartel, con todo el odio de su corazón y toda la inteligencia de su espíritu.

Mas he aquí que sucedía lo de siempre :.. arriba, en las clases altas, en los que poseían riquezas ó empleos con pingües ganancias, el más profundo egoísmo ó el miedo... el pánico en las señoras... y en el pueblo, fría y taciturna actitud, un dejo de hostilidad para con sus señores y secreta simpatía para los que llegaban sin darse cuenta aún qué objeto traían y qué estandarte enarbolaban.

De suerte que, no obstante tan belicosos aprestos del Obispo, cuando Hidalgo intimó rendición á la plaza el 15 de Octubre, divididas las opiniones de los notables, el Ayuntamiento, las milicias y el Clero, hubo de optarse por dar entrada al Capitán General Don Miguel Hidalgo, yendo una comisión del Ayuntamiento hasta su cuartel general, á seis leguas delante de la ciudad, para ofrecerle su rendición, en tanto que por otro rumbo partían á escape para México los principales personajes de aquella, entre ellos el Obispo, Iturbide y el canónigo Ledos.

El 16, 17 y 18 de Octubre fueron días memorables... en que entraron lentamente á la célebre Valladolid los sesenta mil hombres de Hidalgo, quien con toda pompa mandó abrir las puertas de la catedral para dar gracias al Señor de los cielos por el éxito de la Santa Causa...

Infinitas ventajas obtuvo el bravo caudillo de su entrada á una ciudad de tan grande importancia como Valladolid, hoy Morelia. Nuevos caudales y nuevos regimientos fortalecieron aquello que ingenuamente llamaba *su ejército*... ¡Era sin embargo un pálido esbozo de lo que había de ser el ejército mexicano después de crueles etapas de miseria, sangre y fatal desorden, falto de cerebro y de fijos ideales para sus grandes sacrificios y abnegaciones!

Las fuerzas que aprestara el obispo para resistir, se incorporaron todas con las del Libertador, que mandó proceder á fundir artillería y armas, pues aún el grueso de su gente estaba inerme... ¡Apenas garrotes y piedras llevaban sus indios!

Nombrados los nuevos empleos civiles y eclesiásticos, después de que el canónigo Lizana hubo levantado la excomunión general, salió el humano torrente para dirigirse á todo impulso hacia la capital de la Nueva España... ¡Era urgentísimo no dejarse alcanzar por el ejército realista del Conde de la Cadena y de Calleja que ya le buscaban de cerca...

¡Hacia México! ¡Hacia México!

Las turbas iban frenéticas de alegría, entonando cantos de triunfo, prometiéndose enarbolar en el lejano y para ellos maravilloso México, — capital del Reino, ciudad de príncipes, condes y marqueses, — su humilde estandarte con la aparecida Reina del Tepeyac.

Vuelve Hidalgo por el mismo camino y en Acámbaro pasa una gran revista á sus muchedumbres, donde es aclamado por más de ochenta mil hombres.

Allí decide con Allende — alma de las operaciones y maniobras pseudo-militares — dividir la fuerza en regimientos de mil individuos al mando de coroneles...

Hidalgo quedó nombrado Generalísimo de los ejércitos; Allende, capitán general, y Aldama, Abasolo, Balleza y Jiménez tenientes generales.

Redactaron reglamentos militares y de policía, y los jefes eligieron uniformes, optando el caudillo por usar casaca azul con collarín, vueltas y solapas rojas con bordados de oro y plata, tahalí negro bordado también, y sobre el pecho un medallón de oro con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

En compactas columnas aclamadas en pueblos y ranchos, tras el enhiesto estandarte de la Independencia con ensordecedor vocerío y coros de cantos delirantes, aquella masa gigantesca, desordenada, inerme y frenética va rebosando por los valles, desbordándose de los estrechos caminos... acampando al aire libre bajo el cielo benigno en las noches, para levantarse antes del alba al toque de los tambores, y oyendo después la misa que celebra su amado cura y admirado general. Se dirigieron hacia Toluca por Maravatio, Tepetongo é Ixtlahuaca.

*
**

Hubo un incidente en Indaparapeo. Un noble y robusto cura se aproximó al Capitán General solicitando hablar con él... conversan y de pronto Hidalgo ante su fulgurante mirada y su profundo y tierno discurso vibrando patriotismo y ciencia tiene un arrebató y nombra á aquel cura Coronel, diciéndole :

— Te he comprendido... Sé quién eres. Tienes razón; ve al Sur; levanta á los hijos de las sierras que son

inmensos baluartes; toma Acapulco y apóyate en el Gran Océano!

¡Así sucedería!... El cura partió y no se vieron más. Era el genio de la guerra de Independencia. Era Don José María Morelos y Pavón, el águila del Sur. Ya lo encontraremos en sus grandiosas campañas...

*
*
*

¡Jamás en México se había experimentado tan horrenda aflicción, y nunca como entonces se creía en el fin del mundo!...

¡Las hordas de aquel ogro, las chusmas de fieras y bandidos de aquel abominable ser fuera de la ley humana y de la justicia divina entrarían á la buena y muy sumisa y leal ciudad de México!

— ¿Será posible semejante cataclismo?... ¿Será esto castigo del cielo por nuestros pecados? se preguntaban prelados y ricos-homes, comerciantes, empleados y frailes, yendo á enterrar sus tesoros aun á los mismos sepulcros de sus padres.

Era que Venegas había sabido la entrada de los insurgentes á Valladolid, por boca de los mismos fugitivos, el Obispo Queipo, Iturbide y demás próceres, quienes naturalmente exageraban en sus narraciones.

El virrey, como pudo, reunió una fuerte y selecta división de dos mil y tantos hombres, poniéndola al mando del joven Coronel Don Torcuato Trujillo, bravo militar, pero ignorante, orgulloso y sobre todo muy poco práctico.

Componían su fuerza el Regimiento « Tres Villas » con dos batallones al mando del coronel José Mendíbil

y los Dragones del Regimiento « España ». Debía esta división fortificarse en Toluca, defendiendo tan importante ciudad, mientras del interior llegaban Flon y Calleja á pulverizar las hordas de Hidalgo.

En México quedó de guarnición el Regimiento Urbano de Comercio y un ridículo cuerpo diz que de voluntarios aristócratas, denominado « Regimiento de *Patriotas distinguidos de Fernando VII* », formado de ricos que pagaban á pobres diablos porque sirviesen en su lugar cuando era necesario.

Trujillo sale de Toluca á reconocer el camino del norte el día 28 de Octubre, encontrándose con que un fuerte destacamento que había colocado en la cabeza del puente de San Bernabé, sobre el río Lerma, ha sido arrollado por los independientes que avanzan como tromba sobre Toluca.

Débil y sin conocer nada del enemigo á que debe resistir, el joven coronel abandona Toluca, y se retira á Lerma, población donde se fortifica cerrando con fosos y trincheras la calzada que de aquélla conduce á ésta, interceptando el camino de México.

El día 29, un cura de las cercanías le advierte que el enemigo puede ir á pasar por el puente de Atengo, hacia el Sur, para tomar el camino de Tianguistengo á Cuajimalpa, rodeando el monte, cortar la retirada á los realistas, y caer sobre la Capital por sorpresa, llegando como después de un paseo.

Alarmado Trujillo manda un destacamento á Tianguistengo al Sur de su posición, ordenando previamente que se destruya el puente... ¡Tardía disposición que lo perdió! Ya una división enemiga, con el bravo Jiménez á la cabeza, ha pasado desbaratando las avanzadas del realista, dirigiéndose por el camino que, flanqueando

el monte de las Cruces va á dar á Cuajimalpa, tras esta Sierra, ya en pleno Valle de México.

Mientras esto se ejecuta, el grueso del ejército de Hidalgo llama la atención de Trujillo á su frente por la calzada de Toluca; mas habiendo sabido él que otras tropas enemigas se adelantan para situarse á su retaguardia entre México y las fuerzas del frente, envolviéndolo, comprendé aunque tarde sus faltas, y dejando destacamentos y grandes guardias en Lerma y otros puntos escalonados, parte al terminar el día á tomar posición en lo alto del monte de las Cruces, á donde llegó Allende media hora después.

Ejecuta Trujillo con rapidez este movimiento que es toda una retirada, casi una fuga, dejando comprometido en Lerma á Mendibil con el Regimiento « Tres Villas » que se bate en retirada con brío y discreción, hacia la columna central internada en el Monte, haciendo nutrido y certero fuego en las desordenadas filas insurgentes donde no hay bala española que no siembre la muerte.

En la noche del 29, los dos ejércitos acampan uno enfrente de otro, habiendo escogido el coronel realista el fondo pedregoso y selvático de una estrecha meseta, inepta disposición del hispano jefe, pues estaba dominada á los flancos por diversas alturas cubiertas de cedros, pinos y malezas.

El plan de Hidalgo, mejor dicho, de Allende, había sido combinado con toda habilidad, y era sencillito, si se lograba — como en parte se hizo — obrar con la suficiente rapidez para sorprender ó adelantarse al enemigo.

Debió Jiménez seguir continuando su movimiento de flanquear y envolver al adversario cerrándole la retirada

en Cuajimalpa mientras Hidalgo lo perseguía de frente con todas sus fuerzas, no sin llamarle falsamente la atención por el Norte.

Muy imperfectamente se ejecutó este plan, mas siquiera fué lo suficiente para haber ganado la terrible jornada.

En la mañana del 30 de Octubre los realistas se parapetan tras las rocas y los pinos, atrincherándose sólidamente, teniendo ante sí un gran claro donde sus fusiles abatirán las masas enemigas. Á éstas las anima el intrépido Abasolo que manda una carga á vanguardia para reconocer la fuerza de resistencia del enemigo perfectamente oculto en el bosque.... Escúchanse algunos disparos de una á otra parte... Hidalgo arenga y de pronto al grito formidable de *¡Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la Independencia!* se lanza la apretada falange que atraviesa la meseta del monte, llevando á los flancos la caballería.

— *¡Viva el Rey! ¡Viva Su Majestad Fernando Séptimo!* contestan los españoles, — y tremenda granizada dobla las primeras filas, y sus dragones abren claros sangrientos en las masas que vacilan y cejan, aullando.... Pero resuenan nuevos gritos, los de atrás empujan á los de adelante... no hay que cejar... y continúa el impulso, pasando sobre los cadáveres... mas al llegar ya á las trincheras españolas, la segunda fila dispara sus fusiles á quemarropa sobre la avalancha humana que vuelve á oscilar y á aclararse entre feroz gritería, rugidos, ayes é injurias... *¡Adelante! muchachos... arriba... sobre esos... ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!* grita Abasolo, pistola en mano. — Las trincheras son sólidas, bien cubiertas y en sus puestos los soldados que han logrado cargar de nuevo y que hacen nueva

descarga horrenda... mientras apenas los insurgentes con sus lanzas y malos fusiles han abatido uno que otro muerto... Allá en lo alto de la gigantesca arboleda se oyen crujidos de terrible lluvia... son las piedras de las hondas insurgentes que no causan en ese momento gran daño...

Hubo que retroceder para preparar tras sus posiciones de la noche un nuevo y formal asalto á fondo y con todas las masas... Eran las ocho y media de la mañana...

En esos momentos Trujillo recibe un buen socorro... Venegas le ha enviado dos cañones de á cuatro, servidos por un teniente de artillería de Marina, Ustoris, cincuenta jinetes lanceros de las haciendas del rico español Yermo y trescientos treinta mulatos bien armados... Esto hizo cobrar gran ánimo al jefe español y su gente que temían un ataque decisivo... y que no podían tomar la ofensiva, pues sería correr á pronta é inútil muerte...

Allende no desespera, en tanto, y forma su columna... Á la izquierda cinco compañías de lo mejor del Regimiento de Celaya, el Regimiento Provincial de Valladolid y el batallón de voluntarios de Guanajuato; á la derecha el Regimiento de caballería de Pátzcuaro y Regimiento de la Reina... en el centro los más bravos y mejor armados rancheros á caballo y á pie... Á retaguardia el regimiento del Príncipe, como de reserva, lo mismo que un buen núcleo de jefes dispuestos á impulsar el ataque, animando á los de vanguardia á dar la carga á fondo... y por fin, diseminados por los flancos, sin orden, abandonados casi á sí mismos, nada más para que formaran grupos y masas amenazadoras y aullantes... los inermes, los últimos y más pobres

peones unidos en las últimas jornadas, multitud inútil y embarazosa.

Hidalgo se multiplicaba, entusiasmando al tremolar el estandarte con la Virgen. Allende, inteligente y vivo, daba órdenes precisas, severo y terrible, y Abasolo se ponía al frente de la ancha y honda columna...

Por su parte Trujillo ya animado con sus bocas de fuego y sus cuatrocientos hombres de refuerzo y de refresco, ocultaba los temibles cañones entre la espesura, con ramajes y malezas, abocados al centro de la meseta para despedazar y barrer con las masas asaltantes...

Sonó la voz terrible del ataque... y más tremenda y formidable que antes tronó la gritería... ochenta mil voces rugieron en el grandioso monte: — ¡ Viva nuestra Señora de Guadalupe!

— ¡ Viva el Rey! — contestaron solemnemente dos mil realistas en el instante en que se oyó la descarga nutrida de la fusilería... y luego estallaron los estampidos de los traidores cañones...

Hubo algo como estupor, y la enorme columna pareció vacilar... mas después con mayor energía reaccionando en su rabia, fué á chocar contra las trincheras, frenética, tumultuosa, infernal y sublime...

Ya no hubo entonces quien cejara, todos siguieron adelante... y empezó la carnicería cuerpo á cuerpo, y los españoles fueron rodando abrazados á los indios... en una refriega inaudita y feroz... Tronaban los cañones abriendo largos surcos de fuego y carnaza humana en un huracán desenfrenado; rompiéronse las trincheras... y derrepente... hubo un flaqueo por parte de los realistas. Allá á su izquierda, desde lo alto de unas lomas el bravo Jiménez con tres mil indios y un cañón lo flanqueaba de súbito haciendo acallar

uno de los cañones realistas, dominando completamente el núcleo de sus fuerzas.

Trujillo cambió entonces su orden de batalla, puso á su izquierda al capitán Bringas con los lanceros de Yermo y compañías del Regimiento « Tres Villas », en la derecha que se replegó, á Iturbide con las otras compañías del mismo cuerpo, y en el centro lo mejor de las tropas sobre el camino de México, al mando del mayor Mendivil, quien se encontraba herido lo mismo que el capitán Bringas. La reserva á las órdenes del mismo Trujillo fué á contener á las fuerzas flanqueadoras de Jiménez, cuyo cañón hacía un fuego certero sobre los realistas, que á medida que disminuían se iban estrechando sin retroceder, acometidos con furia á sus flancos y en su frente.

En ese instante se luchó con más desesperación por ambas partes, con un encarnizamiento profundo. El inmenso bosque retemblaba al estruendo de las desordenadas descargas que dominaban los aullidos de cincuenta mil indios en un formidable coro de desolación y muerte.

Momentos después los oficiales insurgentes llamaban á gritos á los mexicanos realistas, enemigos del momento, ofreciéndoles garantías y puestos en sus filas, haciendo ondear al mismo tiempo una bandera parlamentaria para ver de entrar en arreglos.

El fuego realista cesó entonces paulatinamente... ¿Trujillo aceptaba parlamentar? ¿se iba á rendir por fin?

Así lo creyeron los jefes insurgentes é hicieron volver á sus puestos á los rabiosos luchadores. Después enviaron en buen orden una columna con emisarios en son de paz para dar y recibir las proposiciones del armisticio ó de la rendición; mas he aquí... que al

llegar cerca del enemigo, éste rompe un fuego repentino sobre los confiados insurgentes que rodaron cadáveres...

¡ Aquello fué inauditamente infame!... indigno de la legendaria caballerosidad hispana... ¡ Vil traición que habría de manchar para siempre el nombre del jefe realista, ante sus mismos compatriotas!...

Una tempestad de indignación se desató en el campo insurgente donde la cólera hizo arrebatarse, sin esperar órdenes, á las destrozadas muchedumbres, sedientas de venganza, precipitándolas sobre sus felones enemigos que se habían rehecho y vuelto á sus posiciones, durante la tregua del combate, obtenida tan indignamente.

Ya los dos cañones antes tan furiosos han callado... Un grupo de valientes con lanzas y reatas, precedidos de pelotones de indios con troncos de árboles que formaban parapetos ambulantes, se había precipitado arrollando obstáculos hasta el cañón que aun respondía y barria filas enteras de asaltantes, logrando arrancarlo de sus afustes y llevárselo al campo insurgente donde fué recibido con inmenso júbilo, reanimando á todos...

En vano el teniente Iturbide, loco de rabia, agotaba sus fuerzas dirigiendo un pelotón de audaces del Regimiento de « Tres Villas » á recuperar, el cañón, que fué entonces asestado contra sus antiguos poseedores...

Media hora después, por entre el monte huían jadeantes, perseguidos por la caballería de los insurgentes, los últimos realistas del coronel Trujillo.

¡ La derrota había sido completa! Dos mil valientes mexicanos realistas, mártires de su deber y fieles á su juramento, yacían sobre el lomo inmenso de la gran Sierra, mezclados con cerca de tres mil mexicanos insur-

gentes que habían sucumbido por la libertad y ya dormían besados por la gloria de un hermoso triunfo!...

Trujillo se abre paso con denuedo entre la caballería enemiga, acompañado de Iturbide y cosa de cincuenta fugitivos resto de sus granadas tropas; llega á Cuajimalpa donde se hace fuerte; pero acometido rudamente tiene que abandonar la Venta y seguir hasta el pueblo de Santa Fé, llevando en el alma la vergüenza de la derrota y la firme convicción de que al siguiente día arderá la capital de la Nueva España, presa de los horrores de espantoso saqueo, ocupada por las hordas de Hidalgo.



IV

EL COMBATE DE ACULCO

Después de la decisiva derrota de las fuerzas realistas en el *Monte de las Cruces* frente á la poderosa capital del virreinato, después de ese magno triunfo de las huestes insurgentes que lograron de pronto y con el mayor éxito abrirse el camino de México, á una jornada apenas de esta ciudad, el más bisoño teniente hubiera seguido hacia adelante para aprovechar la victoria, sabiendo que en la plaza reinaba el mayor pánico y estaba casi inerme.

Pero tras de las jornadas de Toluca, Lerma y las Cruces tan bien dirigidas hacia el objetivo de tomar México, tras marcha arrolladora y sangrienta, en el momento en que la gran selva repercutía las dianas y los cantos de victoria de las multitudes insurgentes que se encaramaban en las próximas alturas hasta dominar el grandioso lejano Valle donde se asentaba la codiciada capital, Hidalgo, sombrío y taciturno, vacila, titubea como siempre, y cuando Allende el intrépido vencedor le habla de seguir y caer sobre la gran ciudad, el Generalísimo mueve la venerable cabeza

El clero se desató en anatemas y excomuniones contra Hidalgo y los suyos, y la Inquisición reanudó el proceso que le iniciara en secreto años antes. Rabia colosal se produjo también entre los españoles ricos y nobles, los grandes propietarios, el clero alto y los empleados del Gobierno virreinal... Sólo el pueblo que sufría y trabajaba, siguió impávido esperando el instante de obrar, no conociendo aún en México la magnitud y alcance de la sublevación.

El virrey se preparó á la lucha ordenando el levantamiento de las milicias provinciales, formando planes de ataque y defensa, mostrando actividad suma y suma torpeza también.

Envío á Querétaro una división compuesta de las tropas que guarnecían la capital, el regimiento de Infantería de la Corona, fuerte de dos batallones y cuatro piezas de artillería, la columna de Granaderos de dos batallones también con siete compañías cada uno, cuatro cañones, Regimiento de Dragones de México y el Regimiento Provincial de Puebla al mando del coronel Don Manuel Flon, conde de la Cadena, rudo y bravo jefe realista, que debía de entrar en campaña uniéndose con la brigada de tropas de caballería que levantaba prontamente en San Luis el brigadier Don Félix María Calleja del Rey.

Venegas hizo venir á la capital otras tropas cercanas, como el Regimiento de Tres Villas, los Regimientos provinciales de Puebla, así como la marinería de la fragata « Atocha » que trajo el Virrey de España.

*
*

Hidalgo después de instalarse en Guanajuato donde tomó cuantiosos recursos en plata, oro, valores diversos particulares, confiscando cuanto pudiera servir para fabricar armas, fundiendo cuatro pequeños cañones muy toscos y deficientes, requiriendo caballos, mulas y asnos para equipajes y conducción de parque y municiones, nombró ayuntamiento, incorporó á su fuerza innumerables voluntarios y las compañías provinciales que le habían resistido en un principio.

En suma, con menos mal armamento, regular numérico para gastos, y sesenta mil hombres, se dirige prontamente, sabiendo que la prontitud en sus maniobras era el triunfo, hacia Valladolid, en tanto que Allende con una división selecta expediciona por pueblecillos y ranchos del Bajío en solicitud de más hombres y elementos, paseando triunfal la nueva bandera de Independencia.

Allende, que era verdadero militar, hizo comprender al improvisado Capitán General que debía rehuir combates y batallas campales, las que sólo pueden aceptar tropas disciplinadas é instruídas, — dirigiéndose sobre poblaciones fuera del alcance del ejército realista, para tomar en aquéllas recursos y propagar la idea luminosa, aprisionando á los españoles y sacando el mejor provecho de sus riquezas, mientras se iba educando su ejército para la guerra en espera de las recias campañas que habían de dar el triunfo definitivo á la Revolución.

Hidalgo se encontraba amenazado entre la división